



DAVID GILMOUR

Cineclub

**Traducción de Ignacio Gómez Calvo,
Mondadori, Barcelona, 2009, 260 pp.
ISBN 978-84-397-2166-6
(The Film Club,
Thomas Allen Publishers, Markham,
2007)**

Stanley Cavell se preguntaba si el cine podía hacernos mejores personas. No creo que el cine sea el mejor camino para lograr la perfección moral de nuestras vidas. Pero, muchas veces, el cine sí que puede salvarnos; acude a nuestro rescate cuando la vida naufraga, cuando la incertidumbre, la soledad o la desesperanza se apoderan de nuestro estado de ánimo. Como escribiera Vicente Molina Foix a propósito del cine: “Para mí es una religión contemporánea que no obliga a nada ni promete la salvación eterna, aunque hace la vida aquí más perdurable”.

El escritor y crítico de cine David Gilmour cuenta en *Cineclub* los tres años que pasó junto a su hijo Jesse, intentando borrar de su mirada la indiferencia y el hastío vital. Se propuso hacer lo que su fuese necesario para que su hijo adolescente recuperase la ilusión por vivir. Jesse, con 16 años, era un alumno que odiaba el instituto, lo suspendía todo, se emborrachaba y se drogaba. Su padre ya no sabía qué hacer, sentía que la comunicación entre ellos se había roto. Hasta que un día decidió hacerle la siguiente propuesta. Podría abandonar el instituto siempre y cuando cumpliera dos condiciones: no volvería a drogarse y tendría que ver con él tres películas a la semana y comentarlas. Jesse aceptó y David vivió con angustia los primeros meses de su experimento pedagógico, pen-

sando que tal vez hubiese ido demasiado lejos con su extraño pacto.

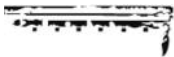
Si fuese librero, tendría un dilema con este libro: no sabría si colocarlo en la estantería de narrativa, cine o pedagogía. Creo que me inclinaría por esta última elección porque *Cineclub* es un libro que habla sobre el amor de un padre hacia su hijo. David se da cuenta de que han hecho falta dos circunstancias extraordinarias para que pueda conocer mejor a su hijo: justo cuando le anima a dejar el instituto, se queda él sin trabajo. Con lo cual, tenemos a un hijo desorientado que va a ser educado por su padre, que a pesar de su situación, no puede permitirse caer en una depresión. Su hijo lo necesita y él tiene que estar ahí.

¿Y el cine? Claro que es importante, pues su autor hace un rendido homenaje a la condición terapéutica del cine. Gilmour considera que su hijo necesita un paréntesis en su vida, y por eso decide convertirlo en espectador de vidas posibles. Si no sabe lo quiere hacer, lo mejor será observar lo que hacen los demás, los personajes de celuloide en las películas. Y aunque también el padre le muestra sus pasiones literarias —“Si quieres olvidarte de una mujer, conviértela en literatura”, Henry Miller— y musicales —George Harrison—, se centra especialmente en el cine. Quiere que el cine sea un espejo para que su hijo no se sienta tan solo. El cineclub empieza con *Los cuatrocientos golpes*, pues su protagonista, inspirado en la vida del propio Truffaut, al igual que Jesse, también abandona la escuela al sentirse un inadaptado, pero a diferencia de él sí que tiene un padre que le quiere, incapaz de decirle que nunca llegará a nada en la vida. Viendo esta película, tal vez Jesse comprenda que no es el único que siente la soledad del mundo.

Gilmour es consciente de que debe ser cuidadoso con la selección de las películas. En primer lugar, para que su hijo no abandone tempranamente el cineclub: así, por ejemplo, después de un inicio tan melancólico y cinéfilo como el de Truffaut, da un giro brusco con *Instinto básico*. Le enseña, por ejemplo, a apreciar la “ilusión de la quietud”, aquellos actores, como James Dean, que saben detener el tiempo con una mirada, sin decir una sola palabra. Organiza ciclos muy divertidos como los placeres inconfesables (*Pretty Woman*), pues para amar el cine hay que haber amado alguna vez alguna película mediocre. No encontramos argumentos para explicar nuestra pasión por ella, simplemente guardamos buen recuerdo; basta que estuviésemos entonces enamorados para que sigamos sintiendo debilidad por la película.

El propio Gilmour muy pronto se da cuenta que para él también está resultando necesaria la terapia cinematográfica: “Vuelvo a las películas antiguas no sólo para verlas de nuevo, sino con la esperanza de que me sienta como me sentí la primera vez que las ví —y no solo en relación con las películas, sino con todo”. Si para Gilmour las películas son espejos del recuerdo, para su hijo son motivos de esperanza, vislumbre de deseos o sueños futuros.

En ocasiones, mira a su hijo ver la película y ésta se convierte para el adolescente en un “trampolín” para sus ensoñaciones y preocupaciones. Poco a poco la vida va ganando terreno al cine, la acción a la contemplación. Y el joven Jesse abandona su condición de espectador porque sabe que ahora le toca vivir a él. Y porque, lo que es más importante, ha recuperado la ilusión por vivir. La paradoja del cine: lo que en un principio nos aleja de la vida, de repente nos vuelve a arrojar a ella con una inusitada fuerza. Su padre barrunta que algún día su hijo ocupará su lugar, volverá a ver muchas de las películas descubiertas en esos años y comprobará que muchos de sus sueños forjados en la memoria de los fotogramas han quedado



LIBROS



DAVID GILMOUR
Cineclub

pendientes.

A pesar de todo lo anterior, creo que el cine aparece en este libro como un McGuffin, que diría Hitchcock, un hilo conductor, a modo de pretexto, para hablar de lo esencial: la educación y el amor de un padre a su hijo. Gilmour dice que ver crecer a tu hijo es ser testigo de una cadena de despedidas que un día llegan a su final. El director de cine, David Cronenberg, le dijo una vez a Gilmour que estaba equivocado; tal vez nunca llegue la despedida definitiva. Aunque el cineasta canadiense tuviese razón, el autor de *Cineclub*, al recordar los años que pasó junto a su hijo, considera que ese tiempo es irrecuperable. En la primera página de este libro escribe su autor: “Ya no lo veo tanto como antes — así es como debe ser—, pero aquella fue una época maravillosa. Un golpe de suerte para los dos”. Es extraño pensar que sólo el azar y la fatalidad hagan que un padre pueda disfrutar de su hijo adolescente durante tanto tiempo.

Miguel de Unamuno escribió que “amor y pedagogía son incompatibles”. Después de leer *Cineclub*, dudo: ¿y si no fuera así?

Juan Navarro de San Pío